

que le esperaba en el infierno, pero que, interponiéndose la Virgen Santísima, le había conseguido la gracia de volver al mundo para hacer penitencia. Surio refiere que la misma Señora alcanzó gracia igual a un vecino de Roma llamado Andrés, muerto impenitente. — Pelbarto escribe también que, pasando en su tiempo por los Alpes con un ejército el emperador Segismundo, oyeron que de un esqueleto salía un grito pidiendo confesión y añadiendo que la Virgen María, con quien en vida tuvo devoción, siendo soldado, le había conseguido vivir en aquellos huesos hasta que se confesase. Se confesó y murió.

Estos y otros ejemplos no deben servir a ningún temerario de motivo para seguir pecando, con la esperanza de que la Virgen le libraré también del infierno; porque así como sería gran locura echarse de cabeza en un pozo esperando que la Virgen había de impedir la muerte, por haberlo hecho alguna vez, mucho más lo sería el aventurar la salvación eterna con la vana presunción de que le libraré del infierno. Para lo que sirven los ejemplos referidos es para avivar la confianza, considerando que, si fue su intercesión tan poderosa que llegase a librar de las penas eternas alguno que otro muerto en pecado, incomparablemente más eficaz será en favor de aquellos que en vida recurren a Ella y la sirven fielmente, como deseo de enmendarse y mudar de vida.

Animados con esto, acojámonos bajo las alas de su misericordia, diciéndole con San Germán: «¡Oh Madre, oh esperanza, oh vida de los cristianos! Sin Vos, ¿qué sería de nosotros?» — Señora, aquel por quien pidáis una vez no verá los suplicios eternos. Si cuando sea llamado a juicio, dice Ricardo de San Víctor, abogáis por mí como Madre de misericordia, saldré absuelto.» Añadamos con el Beato Susón: «Si el Juez quiere condenarme, pase la sentencia por vuestras manos», porque en manos tan piadosas se impedirá la ejecución. Concluamos repitiendo con el SALTERIO MARIANO: «En Vos espero, Señora, no seré confundido, sino salvo en el Cielo, donde os veré, alabaré y amaré para siempre.»

EJEMPLO.

Diversa suerte de dos estudiantes calaveras.

Refiere el P. Alonso Andrade que en una ciudad de Flandes, el año 1604, había dos estudiantes que, en lugar de estudios y libros, pasaban el tiempo en francachelas y deshonestidades. Habían ido una noche, después de otras muchas, a casa de una mala mujer, en donde, vuéltose a la suya el uno de ellos, que se llamaba Ricardo, se quedó el otro. Ricardo, al desnudarse para dormir, se acordó que aún no había rezado un Avemaría que todos los días tenía costumbre, y haciéndose fuerza, al fin rezó, aunque de mala gana, sin

atención y medio dormido. Al primer sueño, siente de pronto dar en la puerta un golpe muy fuerte, y, sin abrir, ve entrar a su compañero en figura espantosa. «¿Quién eres?», le preguntó. «Pues ¿no me conoces?», dijo el otro. «Tan trocado y deforme te veo, que pareces un diablo.» «¡Infeliz de mí! Estoy condenado.» «¿Cómo?» «Has de saber que al salir de aquella casa infame vino el demonio y me ahogó, quedando mi cuerpo tendido en la calle y bajando a los infiernos mi alma. Sepas también que a ti te aguardaba la misma suerte; pero por el Avemaría que rezaste te ha librado la Virgen. ¡Afortunado de ti, si te sabes aprovechar de este aviso que te da por mi medio!» Dicho esto, se destapó, mostrando las llamas y serpientes enroscadas que le atormentaban, y desapareció. Entonces Ricardo se tiró al suelo, y con llantos y gritos daba gracias a nuestra Señora de tan grande misericordia, prometiendo muy de veras mudar de vida, cuando, oyendo tocar a maitines en el convento de San Francisco, exclamó: «Esta es la voz de Dios que me llama a hacer penitencia», y sin más dilación se fue desde allí a pedir con instancia el santo hábito. Entonces les contó el caso, y para cerciorarse de la verdad fueron dos a la calle que decía, donde, en efecto, encontraron el cadáver de su amigo, ahogado y más negro que un carbón. Con esto lo admitieron, y vivió en la religión, haciendo siempre vida muy ejemplar. Fue a las Indias a predicar la fe, y de allí al Japón, en el cual

tuvo la dicha de ser quemado y morir mártir de Jesucristo.

ORACIÓN.

¡Oh dulce Madre mía, en qué abismo de males tan profundo hubiera yo caído si Vos, teniéndome con vuestra mano piadosa, no lo hubieseis estorbado! ¡Cuántos años ha que ardería en las penas eternas si no lo hubieseis impedido con vuestros ruegos poderosos! Mis pecados lo merecían, y la justicia de Dios estaba ya para descargar el golpe; los enemigos y verdugos esperaban la sentencia, y Vos acudisteis a defenderme sin ser de mí llamada. ¡Oh libertadora de mi alma! ¿Con qué os podré pagar beneficio tan grande, amor tan generoso? Más hicisteis, que fue vencer la dureza de mi corazón llamándome a Vos y animándome a confiar en vuestra clemencia. Después, ¡cuántas veces hubiera de nuevo caído en mil precipicios sin el sostén de vuestra mano clementísima! Seguid así, esperanza mía, consuelo mío, Madre mía, a quien amo más que a mi corazón; seguid preservándome de aquellas llamas eternas, y primero del pecado mortal, en que puedo volver a caer.

No permitáis que haya de blasfemar de Vos en el infierno. Y pues que os amo, ¿cómo podrá sufrir vuestra bondad verme condenado? Alcanzadme la gracia de no ser por más tiempo desagradecido a Vos y a Dios, que por amor vuestro me ha dispensado tantas mercedes. ¿Qué me decís, Señora? ¿Me salvaré? Sí, nunca os dejo, sí. Pero, ¿cómo tendré valor para dejaros? ¿Cómo podré olvidarme del amor que me habéis demostrado? Después de Dios, sois todo el amor de mi alma. Os amo ahora, y espero amaros en tiempo y eternidad, y el amaros será toda mi dicha, porque sois la criatura más hermosa, más dulce y más amable de cuantas hubo ni habrá jamás.

2.º — *María alivia a los suyos las penas del purgatorio y les saca de ellas.*

Muy felices son los devotos de esta Madre clementísima, porque, además de socorrerlos en

esta vida, los asiste y consuela en el purgatorio, y aun allí con más amor y misericordia, por la mayor necesidad en que ve aquellas almas, sin poderse aliviar a sí mismas ninguna parte del rigor de sus penas. Dice San Bernardino de Sena que en aquella cárcel donde penan las esposas de Jesucristo tiene María dominio y jurisdicción especial para darles alivio y también para sacarlas. Sobre aquellas palabras del *Eclesiástico* (24, 8): *Me paseé sobre las olas del mar*, dice el mismo Santo: *Olas* se llaman las penas del purgatorio, porque pasan, a diferencia de las del infierno, que nunca pasarán; y se llaman olas del mar, o de amargura, porque realmente son muy amargas. Pero en medio de ellas son muchas veces confortados y recreados por la Virgen Santísima sus devotos afligidos. Por donde se podrá conocer cuánto nos importa tenerle devoción durante la vida, pues, aunque socorre a todos los que allí sufren, siempre los más allegados participan más del sufragio y alivio.

Dijo una vez a Santa Brígida la misma Señora: «Yo, como Madre, cuidado he de los que padecen en el purgatorio, aliviándoles de hora en hora sus penas.» Ni aun tiene a menos visitar algunas veces personalmente aquella prisión de justos, llevándoles siempre algún alivio y consuelo, según aquello del *Eclesiástico*: *Yo penetré en lo profundo del abismo*.

¿Qué otro mejor consuelo podrán allí tener sino

esta Madre de misericordia? Al modo que un enfermo postrado en la cama y abandonado de todo el mundo, si oye una palabra de esperanza y mejora, se alienta y recrea, así sólo con oír ellas vuestro dulcísimo nombre se confortan y regocijan, y por eso no cesan de llamaros, y Vos, como Madre amorosa, cada vez que los escucháis unís a sus clamores vuestros ruegos eficacísimos, los cuales les sirven como de rocío refrigerante con que se mitigan sus vivísimos ardores.

Pero, además de aliviarlas y consolarlas, Ella, por su mano, les suelta las prisiones y las saca libres de aquel lugar de tormentos. Desde el día de su triunfante Asunción a los Cielos, en que dejó aquella cárcel vacía, como escriben respetables autores, quedó en posesión de libertar a todos sus siervos, rogando por todos y aplicándoles sus altísimos merecimientos, con que se les aligera la pena y se les abrevia el tiempo de padecer.

Refiere San Pedro Damían que una mujer difunta, llamada Marozia, se apareció a una amiga suya, y le dijo que el día de la Asunción de la Virgen la sacó esta Señora del purgatorio con las demás almas detenidas en él, cuyo número superaba al de todos los habitantes del pueblo romano; y San Dionisio Cartujano dice que en las fiestas de su Natividad y de la Resurrección baja la divina Señora, acompañada de la celestial milicia, y saca muchísimas de aquellas almas; y se puede

creer que ésta es gracia que hace en todas sus festividades.

Bien sabido es lo que prometió la misma Virgen al Papa Juan XXII. Apareciéndosele, mandó decir a todos los que llevasen su escapulario del Carmen que el sábado inmediato al de la muerte de cada uno saldrían libres de las penas del purgatorio. Y así lo declaró el mismo Sumo Pontífice en la bula que a este fin expidió, confirmada por sus sucesores Alejandro V, Clemente VII, Pío V, Gregorio XIII y Paulo V, el cual, en una suya, dada el año 1612, dice; «Que el pueblo cristiano puede piadosamente creer que la Santísima Virgen, con su continua intercesión, méritos y protección especial, ayudará después de la muerte, y principalmente el día de sábado (que la Iglesia le consagra), las almas de los hermanos de las Cofradías del Carmen que hayan salido de este mundo en gracia de Dios, habiendo vestido su escapulario, guardado castidad, conforme al estado de cada uno, y rezado el Oficio Parvo de la misma Virgen, o que, de no haber podido, hayan observado, a lo menos, los ayunos de la Iglesia, y abstenídose los miércoles de comer carne, menos el día de Navidad.» Y en el Oficio de la misma fiesta del Carmen decimos que, según la piadosa creencia de los fieles, la Virgen, con afecto de Madre, consuela y saca muy pronto de aquella penosa cárcel a los que estuvieron agregados a su Cofradía.

¿Por qué también nosotros no hemos de esperar este mismo favor, si le somos devotos? ¿Por qué, si la servimos con amor filial, no creeremos que, en acabando de morir, lleve nuestras almas al Cielo, sin pasar por el purgatorio, como lo prometió al Beato Godofredo, mandándole decir, por un religioso, llamado Fray Abundio: «Di a Godofredo que se adelante en la virtud y sea muy siervo mío y de mi querido Hijo, y cuando su alma salga del cuerpo, no la dejaré que pase por las penas del purgatorio.» Finalmente, por lo que hace a los sufragios, si deseamos aliviarla, pidamos a nuestra Señora por ellas en todas nuestras oraciones, ofreciendo siempre por su alivio y descanso el santo Rosario, que les sirve grandemente, como veremos en el ejemplo que vamos a referir.

EJEMPLO.

Alejandra se salva por el Rosario.

Cuenta el P. Eusebio Nieremberg que en una ciudad del reino de Aragón vivía una doncella, por nombre Alejandra, a la cual, por su hermosura y nobleza, pretendían dos jóvenes principales. Vinieron a las manos un día, y ambos quedaron muertos en la calle; y por haber ella sido la ocasión, fueron a su casa los parientes, la degollaron y arrojaron su cabeza a un pozo. Pocos días después, pasando por aquel sitio el patriarca Santo Domingo, inspirado de Dios, se arrimó al pozo, y dijo:

«Alejandra, sal fuera»; y he aquí que aparece viva en el brocal la cabeza de Alejandra, pidiendo confesión. El Santo la confiesa y le da también la sagrada Comunión, todo a vista del gran concurso de gentes que habían acudido a ver tan gran maravilla. Después le mandó que publicase por qué había Dios usado con ella misericordia tan señalada. Respondió la joven que cuando le cortaron la cabeza estaba en pecado mortal; pero por la devoción que había tenido de rezar el Rosario, la Virgen le había conservado la vida. Dos días permaneció la cabeza hablando a la orilla del pozo, al cabo de los cuales fue destinada el alma al fuego del purgatorio; mas pasados otros quince, se apareció al mismo Santo más hermosa y resplandeciente que el sol, y le declaró que uno de los sufragios más eficaces que tienen las benditas ánimas es el santo Rosario ofrecido por ellas, por lo cual, agradecidas, luego que llegan a verse en la presencia de Dios, piden por las personas que les aplicaron esta oración poderosa. Dicho esto, vio el glorioso Santo Domingo entrar aquel alma llena de regocijo en la mansión de la eterna bienaventuranza.

ORACIÓN.

¡Oh Sacratísima Reina de los ángeles. Madre de Dios y Señora nuestra, la más excelente y amable de todas las criaturas! Cierto es que hay en el mundo muchos que ni os aman ni os conocen, mas en el Cielo tenéis millares y millares de ángeles y Santos que os aman y alaban incesantemente. También en la tierra se encuentran almas

felices, enardecidas en vuestro amor y prendadas de vuestra bondad. ¡Oh si yo os amase igualmente! ¡Si de continuo estuviese pensando en cómo servirlos mejor y ensalzarlos y venerarlos, procurando mover a otros al mismo amor y veneración!

El Eterno se enamoró de vuestra incomparable hermosura, con tanta fuerza, que le hizo como desprenderse del seno del Padre y escoger esas virginales entrañas para hacerse Hijo vuestro. ¿Y yo, gusanillo de la tierra, no he de amaros? Sí, dulcisima Madre mía, quiero arder en vuestro amor y propongo exhortar a otros a que os amen también. Aceptad mis deseos y ayudadme a lograrlos. Sé que a vuestros amantes los mira Dios con particular benevolencia, no deseando nada tanto, después de la dilatación de su gloria, como veros amada, honrada y servida de todo el mundo. Con este convencimiento procuraré amaros más y más, y esperaré de Vos toda mi dicha. Vos me habéis de conseguir el perdón de mis pecados; Vos, la perseverancia final; Vos me habéis de asistir a la hora de mi muerte; Vos me habéis de sacar de las penas del purgatorio, y Vos habéis de llevar mi alma en vuestros brazos maternales hasta presentarla ante el trono de la Santísima Trinidad. Todo esto esperan vuestros hijos de Vos, y ninguno de ellos queda jamás burlado. Pues lo mismo espero yo, que os amo con todo mi corazón y, después de Dios, sobre todas las cosas.

3.º — *María lleva sus siervos a la gloria.*

Prenda segura de salvación tienen todos los siervos de María. Pone en su boca la santa Iglesia estas palabras del libro del *Eclesiástico* (24, 11): *En todas las cosas busqué dónde reposar, y en la heredad del Señor fijé mi morada.* ¡Dichosos aquellos en cuya morada halle María su descanso! Porque siendo tan extremado el amor que nos tiene, y procurando de mil maneras arraigar en nuestros corazones su devoción, muchos, o la desechan o no la conservan. ¡Dichoso el que abra su pecho a tan

dulcísima devoción, y allí la mantenga viva y ferviente! Dice la Virgen que *habitará en la heredad del Señor*, los cuales la han de ver y bendecir eternamente en el Cielo. Prosigue diciendo las palabras siguientes, en el lugar citado: *Mi criador descansó en mi tabernáculo, y me dijo: Habita en Jacob, ten tu herencia en Israel y echa raíces entre mis escogidos*. O más claramente: «Mi criador tuvo a bien de morar en mi seno, y quiso que Yo habitase en los corazones de todos los escogidos (herencia de la Virgen y figurados en Jacob), y dispuso que estuviese radicada en todos los predestinados la devoción y enseñanza en Mí.»

¡Cuántos de los bienaventurados no estarían en el Cielo si María, con su poderosa intercesión, no les hubiese obtenido la felicidad! *Yo hice que naciese en el Cielo el sol indeficiente* — añade la divina Señora —. Tantos soles brillantes como son mis devotos, por Mí resplandecen en la gloria y resplandecerán eternamente. Sí, porque a todos los que confían en su protección, dice el SALTERIO MARIANO, se les han de abrir de par en par las puertas eternas.

A Vos, Señora, están fiadas las llaves y tesoros del Cielo, y por esta razón clamamos de continuo, diciendo: «Abridnos, Virgen piadosísima, esas puertas eternas, pues tenéis en la mano las llaves, o, por mejor decir, Vos sois la puerta, que así os lo dice la Iglesia santa: *Janua coeli, ora pro nobis*.»

Estrella del mar la llamamos también, porque así como guiados por la estrella dirigen al puerto el rumbo los navegantes, así, dice Santo Tomás a los cristianos, es la Virgen guía, con dirección al Cielo. Igualmente, San Pedro Damiano la llama *escala* por donde bajó Dios a la tierra y nosotros subimos a Dios. Dios *la llenó de gracia* para que fuese camino seguro por donde subiésemos al monte de la gloria. Felices aquellos que os conocen, ¡oh Madre dulcísima!, porque el conoceros y publicar vuestras grandezas y virtudes es ir por el sendero de la vida eterna.

Leemos en las *Crónicas* de la religión de San Francisco que una vez fray León vio una escala de color encarnado, en que estaba nuestro Señor Jesucristo, y otra de color blanco, en que estaba la Virgen. Empezaron algunos religiosos a subir por la primera, y a los pocos peldaños caían al suelo; volvían a subir, y volvían a caer. Entonces oyeron que los animaban a subir por la otra, y así lo hicieron con toda felicidad, porque la Virgen les iba dando la mano, con lo cual llegaban todos arriba.

Pregunta Dionisio Cartujano: ¿Quiénes son los que se salvan? Y responde: Aquellos por quienes esta Señora benignísima interpone la autoridad de sus ruegos. Ella misma lo asegura (*Prov.*, 8, 15): *Por Mí reinan los reyes: por Mí, las almas reinan*

primero en esta vida mortal, enseñoreándose de sus pasiones, y después reinan eternamente en el Cielo, donde todos son reyes. Es en el Cielo árbitra y Señora, porque la prerrogativa de Madre le da pleno derecho para mandar todo lo que quiere y dar a cuantos quiere entrada en aquellos gozos eternos. Y aún se puede con verdad añadir que les tiene ya de antemano asegurada tan grande felicidad, pudiendo vivir tan ciertos de poseerla, supuesta la perseverancia, como si ya la hubiesen conseguido. Servir a María y pertenecer a su corte es el honor más alto que nos puede caber. Servir a la Reina del Cielo es ya reinar en el Cielo; vivir a sus órdenes vale mil veces más que reinar en la tierra; así como está fuera de toda duda que los que no la sirven no se salvarán, porque privados del favor de la Madre, los abandona el Hijo y toda la corte celestial.

Bendita y ensalzada sea la bondad infinita de nuestro Dios, que la tiene allí constituida por abogada nuestra, para que, como Madre del Supremo Juez y Madre de misericordia, intervenga, con eficacia, en el negocio de nuestra salvación. Oíd, gentes, dice el **SALTERIO MARIANO**, vosotros los que deseáis veros salvos, servid y honrad a María, y lo seréis seguramente. Y los que, por criminales, habéis merecido las penas del infierno, confiad también si empezáis a servirla. ¡Cuántos pecadores, esforzándose, hallaron por su medio a

Dios y se salvaron! Dice San Juan (*Apoc.*, 12, 1) que la vio *coronada de estrellas*. Y en el Cántico de los Cánticos (4, 8) parece indicarse que su corona eran despojos de fieras bravas, como leones y leopardos. ¿Cómo se entiende esto? Estas fieras son los pecadores, convertidos por su intercesión como en estrellas de gloria, más hermosas y dignas de ceñir aquellas sienes soberanas que todos los astros del pabellón del Cielo.

Haciendo en cierta ocasión la novena de la Asunción, una sierva de Dios pidió a nuestra Señora la conversión de mil pecadores; pero después, temiendo que fuese la súplica demasiado atrevida, se le apareció la misma Señora y la corrigió, diciendo: «¿Por qué temes? ¿No tengo Yo poder para alcanzarte de mi Hijo la conversión de mil pecadores? Ya tienes concedida la gracia.» Y en seguida la llevó en espíritu al Cielo, donde le mostró innumerables almas que, habiendo merecido el infierno, estaban, por su protección poderosa, gozando de la eterna bienaventuranza.

Verdad es que nadie en esta vida puede tener certeza de haberse de salvar. Pero, como dice el **SALTERIO MARIANO**, acudamos a María, arrojémonos a sus pies, y no los dejemos hasta que nos dé su bendición, que si nos bendice serenos salvos. Basta, Señora, que Vos queráis, para que nos salvemos, y necesariamente, como aseguran los Santos.

Con razón predijo la celestial Señora (*Lc.*, 1, 48) que *la llamarían bienaventurada todas las generaciones*, pues por su medio, dice San Ildefonso, han de alcanzar la bienaventuranza todos los escogidos. Sois, en realidad, Madre amantísima, dice San Metodio, principio, medio y fin de nuestra dicha; principio, porque nos alcanzáis perdón de los pecados; medio, porque nos conseguís el don de la perseverancia, y fin, porque nos lleváis a las moradas del eterno descanso. Vos abristeis las puertas del Cielo. Vos cerrasteis las del abismo. Vos nos recobrasteis la felicidad, y por Vos se dio la vida eterna a los desventurados, merecedores de eterna perdición.

Pero mayormente debe animarnos a esperar esto la dulce promesa con que estimula la misma Virgen a todos los que la honren en este mundo, y en particular a los que de obra o de palabra procuren, según sus fuerzas, darla a conocer y venerar. *Los que se guían de Mi no pecarán; los que me dan a conocer alcanzarán la vida eterna* (*Eccli.*, 24, 30). ¡Afortunados los que con preferencia lleguen a merecer su favor! A éstos ya los reconocen por compañeros los cortesanos celestiales, y como que llevan en sí la marca de siervos de María, ya sus nombres están inscritos en el libro de la vida.

¿De qué sirve, pues, inquietar la conciencia con las disputas de las Escuelas sobre si la predestina-

ción es antes o después de haber previsto Dios los méritos de cada uno, o con la duda de si nuestros nombres estarán o no escritos en aquel libro? Sin duda, estarán escritos si de María somos siervos verdaderos y estamos guarecidos a la sombra de su protección. Porque aseguran los Santos que sólo a los que Dios quiere salvar les da como prenda y gracia especialísima la devoción a su Madre, conforme lo que parece prometió por boca de San Juan (*Apoc.*, 3, 12), en estos términos: *El que venciere, llevará escrito de mi mano el nombre de Dios y el de la Ciudad de Dios.* Y los Santos Padres declaran que la Ciudad de Dios es María Santísima.

Cosas gloriosas se han dicho de Ti, Ciudad de Dios (Ps. 83, 3). Bien podemos decir con San Pablo (2 *Tim.*, 2, 19) *que a los que tengan este signo los reconocerá Dios por suyos;* siendo la devoción a su Madre señal tan evidente de predestinación, que el sólo rezar devota y frecuentemente la salutación angélica o el Rosario cada día se tiene por indicio muy grande de salvación. Sus siervos, añade el Padre Nieremberg, no sólo se ven más privilegiados y favorecidos en esta vida, sino que serán más honrados y aventajados en la gloria, llevando allá vestida una librea y divisa particular mucho más preciosa y elegante que los demás gloriosos cortesanos, con que se distingan por familiares de la Reina del Cielo y servidumbre de su corte, según

aquello de los *Proverbios* (31, 31): *Todos los de su casa visten doble vestidura.*

Vio Santa María Magdalena de Pazzis en medio del mar una navecilla en que iban todos los devotos de la Virgen, y la celestial Princesa, haciendo el oficio de piloto, con la proa derecha al puerto; entendiendo la Santa que las personas que viven bajo la protección de María, en medio de los peligros de esta vida, quedan a salvo del pecado y del infierno, porque los guía la misma Virgen con toda seguridad al puerto de bonanza, que es la gloria eterna. Entremos, pues, en esta barca feliz; acojámonos al manto de María, y así nos salvaremos indefectiblemente, pues que la Iglesia le dice así: «¡Oh Santísima Madre de Dios!: todos cuantos han de participar de las delicias celestiales habitan en Vos y están amparados a vuestra sombra maternal.»

EJEMPLO.

Tomás, monje, oye cantar a la Virgen.

Cuenta Cesáreo que un monje cisterciense, llamado Tomás, devotísimo de la Reina de los ángeles, deseaba y pedía ardientemente verla una vez. Salió una noche al jardín, y poniéndose a mirar al Cielo y exhalar suspiros abrasados, ve de improviso bajar una virgen muy hermosa y resplandeciente, que le preguntó: «Tomás, ¿quieres oír cómo canto?» «Sí, por cierto», respondió él; y

aquella virgen cantó con tal dulzura, que el devoto religioso se imaginaba hallarse en el Paraíso. Acabado el canto, desapareció, dejándole con gran deseo de saber quién fuese, cuando he aquí otra virgen hermosísima, que igualmente se puso a cantar. Ya no se pudo contener, y le preguntó quién era. «La otra que viste — le fue respondido — fue Catalina, y yo soy Inés, ambas mártires de Jesucristo y enviadas a consolarte por nuestra Señora. Dale muchas gracias, y disponte a recibir favor mucho más alto.» Dicho esto, desapareció; pero el religioso quedó con gran esperanza de ver finalmente a la Reina del Cielo. No esperó mucho tiempo, porque de allí a poco vislumbra una clarísima luz, siente rebosarle el pecho de alegría y ve aparecer en medio de resplandores a la Madre de Dios, rodeada de ángeles, incomparablemente más hermosa que las dos vírgenes anteriores, y le dice: «Siervo e hijo amado mío, me complazco en el amor con que me sirves, y accedo a tu súplica. Veme aquí. Quiero que oigas también mi canto.» Comenzó a cantar aquella boca dulcísima, y fue tanta la suavidad, que el afortunado religioso, de gozo, perdió el sentido y cayó en tierra. Tocaron a maitines, y no viéndole comparecer en el coro le buscaron por todas partes y finalmente le hallaron como muerto en el jardín. Le mandó el superior decir lo que le había sucedido, y viéndose obligado por obediencia, contó con humildad la visita y favor que había recibido de la Reina del Cielo.

ORACIÓN.

¡Oh Reina soberana, Madre del amor santo!, pues que sois la más amable y de Dios la más amada entre todas las criaturas, permitid que os ame también este pecador, aunque el más ingrato y despreciable de todos los pe. adores, el cual, viéndose por gracia vuestra libre de los tormentos eternos y colmado de favores, sin ningún merecimiento suyo, ha colocado en Vos toda su afición y esperanza. Os amo, Señora, y quisiera exceder en el amor a los Santos que os amaron más. Quisiera dar a conocer a todos los que no tienen noticia de Vos cuán digna sois de ser amada, para que todos a una os amasen y bendijesen, y, si fuere necesario, tendría por fortuna grande dar la vida en defensa de vuestra virginidad, de la prerrogativa de Madre de Dios o del misterio de vuestra Concepción Inmaculada.

¡Oh amantísima Madre mía!, séaos agradable la sinceridad de mis afectos, y no permitáis que un siervo y amante vuestro tenga en adelante enemistad con Dios, a quien Vos tanto amáis! ¡Cuán desdichado fui en haber vivido algún tiempo en desgracia suya! Pero entonces no os amaba, ni hacía por ser de Vos amado. Ahora, de ninguna cosa tengo deseo, después de la gracia de Dios, como de merecer vuestro amor, no desconfiando de alcanzar, al fin, esta dicha, a pesar de mis culpas, porque sé que vuestra benignidad llega hasta el extremo de amar con ternura a los pecadores que os aman, por miserables que sean, y que no consentís que en amar y favorecer os lleva nadie ventaja. Ir al Cielo deseo para amaros allí con todo mi corazón. Allí conoceré del todo vuestra amabilidad, allí descubriré lo mucho que hicisteis por salvarme, allí os amaré con amor más inflamado, allí os amaré sin temor de entibiarme ni de perder jamás dicha tan grande. Rogad al Señor por mí, y basta; rogad por mí, y de cierto me salvaré; rogad por mí, y mientras llega tan dichoso día, suspiraré por esa patria bienaventurada, y aliviaré las penas de mi destierro cantando muchas veces así:

¡Oh Madre del alma mía,
mi esperanza y mi alegría!
Este será mi cantar:
que Vos me habéis de salvar.

CAPITULO IX

¡OH CLEMENTE!, ¡OH PIADOSA!

Párrafo único. — *Cuán grande sea la clemencia y piedad de María.*

Hablando un escritor mariano de la piedad con que mira por nosotros la Virgen nuestra Señora, dice que bien se le puede llamar la tierra prometida *que mana leche y miel*; y añade San Alberto Magno que María, por la misericordia de sus entrañas, merece apellidarse, no sólo misericordiosa, sino la misma misericordia; y el autor del ESTÍMULO DE AMOR, considerando haber sido ensalzada a la dignidad de Madre de Dios para bien de todos los desdichados, con el oficio anejo de dispensar mercedes, y con tanta solicitud y ternura, como si ninguna otra ocupación tuviese, dice que siempre que se paraba a contemplarla perdía de vista la justicia divina y no veía más que aquella misericordia sin término en que está rebosando su Cora-

zón amante. Verdaderamente, tanta es la de sus entrañas amorosas, que ni un instante cesa de hacernos experimentar los efectos que de Ella proceden. ¿Qué otra cosa, exclama San Bernardo, puede brotar de una fuente de clemencia, sino clemencia? *Oliva* es llamada en los libros sagrados (*Eccli.*, 24, 19), porque así como la oliva no da por fruto más que aceite, símbolo de la misericordia, así de las manos de María no sale otra cosa que misericordia y gracia, de manera que con razón puede llamarse *Madre del óleo de la piedad*, dice el venerable Padre Luis de la Puente, pues es Madre de misericordia. Yendo a pedir a esta dulce Madre el óleo de su piedad, no tenemos que temer lo rehuse, como lo hicieron las vírgenes prudentes negando el suyo a las vírgenes locas (*Mt.*, 25, 9), por ser tan rica que, por más que dé mucho, más le queda por dar.

Pero, ¿por qué se dice (*Eccli.*, 24, 19) que está *plantada en medio del campo como frondosa oliva*, y no más bien dentro de un jardín cercado? Para que sin estorbos puedan todos ir a ponerse bajo su sombra. ¡Cuántas veces, sin más que interponer sus ruegos, revocó la sentencia del castigo que teníamos merecido por nuestros pecados! Pregunta Tomás de Kempis: ¿Qué otro seno tan amoroso como el suyo podremos encontrar? Seno donde el pobre halla socorro; el enfermo, salud; el triste, alivio, y el desamparado, consuelo.

¡Infelices de nosotros si careciésemos de esta Madre misericordiosísima, siempre cuidadosa y atenta a socorrer todas nuestras necesidades! Dice el Espíritu Santo (*Eccli.*, 38, 27): *Donde no hay mujer, gime y padece el enfermo*. María es esta *Mujer* piadosa por excelencia, y como todas las gracias se dispensan por su mano, si Ella faltase, no habría misericordia ni esperanza.

Ni hay que temer que no ve nuestra miseria, o que no se compadezca de vernos en necesidad. Mejor que nosotros, y mejor que ningún Santo del Cielo, las observa, y se compadece con tanto amor y solicitud, que verlas y acudir al remedio todo es uno. Señora, con larga mano dais dondequiera que descubris la falta; oficio de clemencia, propio de Madre, y oficio que Vos haréis mientras el mundo dure.

Figura suya, en los tiempos antiguos, fue Rebeca (*Gen.*, 24, 19), la cual estaba sacando agua de un pozo cuando llegó sediento el criado de Abrahán, y, pidiéndole de beber, respondió ella que *con mucho gusto se la daría, y también a sus camellos*, como lo hizo. Con esta imagen, hablando San Bernardo a la Virgen Santísima, le dice: «Señora, más piadosa y compasiva sois que fue Rebeca, no contentándoos con dispensar las gracias de vuestra ilimitada liberalidad a los siervos de Abrahán, figura de los siervos de Dios fieles y leales, sino

también a los pecadores, figurados por los camellos.» Rebeca no dio más de un cántaro de agua, y esta Madre amantísima da con gran exceso mucho más de lo que se le pide, siendo en liberalidad muy semejante a su divino Hijo, cuyas bondades, como tan rico en misericordia con todos los que le invocan, siempre son mayores que nuestros deseos y peticiones. Rogad Vos, Señora, por mí, porque pediréis con más devoción que yo, y me alcanzaréis mayores beneficios de cuantos yo nunca sabré pedir.

Una vez que, por negarse los habitantes de Samaria a hospedar al Señor, querían dos de sus discípulos (*Lc.*, 9, 54) *que cayese fuego del Cielo sobre la ciudad*, les corrigió diciendo que *ignoraban cuál era su espíritu*, espíritu de paz y mansedumbre, no habiendo venido al mundo a castigar a los pecadores, sino a salvarlos. Y siendo el espíritu de María tan parecido al de su Santísimo Hijo, bien podemos estar ciertos de la bondad y clemencia de su corazón. Es Madre, y, además, Dios la hizo dulce y amorosa con todos en sumo grado; que por eso la vio San Juan (*Apoc.*, 12. 1) *vestida del sol*. Vistió de su carne inmaculada al Sol divino, dice San Bernardo, y Él la revistió de su poder y misericordia, la cual es tan grande, que cuando se le presenta un pecador implorando su valimiento, no se pone a examinar si merece o no ser oído, pues tiene de costumbre acoger favorablemente a todos

los que llegan a sus pies, sin distinción ninguna. Y el compararla con *la luna* los libros santos (*Cant.*, 6, 9) es porque si este planeta da luz a los cuerpos inferiores, María ilumina y vivifica a los pecadores más abatidos y abandonados. Así, pues, si temiendo la potestad y justicia del Altísimo, o el peso de nuestras culpas, no nos atrevemos alguna vez a ponernos cerca de aquella Majestad infinita a quien ofendimos, no hay que recelar de aproximarnos a María, porque en Ella nada veremos que nos cause temor. Santa y justa es, Reina del Cielo es y Madre de Dios; pero como hija de Adán, es también de nuestra propia carne, y es toda piedad, toda gracia, a todo se presta, a todos abre el seno de su benignidad, todos reciben de la abundancia de su amor, empleada en hacer a todas horas lo contrario de lo que el diablo hace. *El diablo nos rodea con intención de acometernos y tragarnos* (*1 Petr.*, 5, 8), y María nos busca por darnos vida y salvación.

Debemos, además, persuadirnos, dice San Germán, de que no tiene límites su poder, especialmente para desarmar el brazo de la justicia divina. ¿De dónde nace que Dios, que en la antigua Ley era tan severo en castigar, use ahora comúnmente de tanta blandura con los pecadores? Consiste en los merecimientos y amor de María. ¿Cuánto tiempo ha que se hubiera hundido y aniquilado el mundo si Ella, con sus ruegos, no le

sustentase! Al contrario, bien podemos prometer-nos de la divina liberalidad todo género de bienes ahora que tenemos a Jesucristo como mediador con el Eterno Padre, y a la Reina del Cielo con el Hijo amoroso. ¿Cómo podrá negarse al Hijo cosa alguna cuando muestre a su Padre, las llagas que sufrió por nosotros, ni a la Madre Santísima cuando muestre al Hijo los pechos virginales que le alimentaron? Hermosamente dice San Pedro Crisólogo que, habiendo hospedado a Dios en su seno esta Doncella sin mancilla, pide como paga del hospedaje la paz del mundo, la salud de los desahuciados y la vida de los muertos; de forma que de sus manos está pendiente todo nuestro bien, y por eso hemos de recurrir siempre a su amparo como a puerto, refugio y asilo segurísimo. Ella es aquel *trono de gracia a donde el Apóstol (Hebr., 4, 16) nos exhorta a ir sin temor*, dice San Antonino, *ciertos de obtener la divina misericordia, con todos los auxilios necesarios al logro de la eterna felicidad.*

Concluyamos con el ESTÍMULO DE AMOR sobre las palabras de la Salve: ¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María! Clemente a los necesitados, piadosa a los que piden, dulce a los que aman. Clemente a los penitentes, piadosa a los aprovechados, dulce a los contemplativos. Clemente, librando; piadosa, perdonando; dulce, dándose a los suyos en premio y posesión eterna.

EJEMPLO.

Convertida por rezar el Avemaria.

Refiere el P. Carlos Bovio, de la Compañía de Jesús, que en Dormans, de Francia, hubo un hombre que, aunque casado, vivía mal con otra mujer. No pudiendo la suya sufrir esto, de continuo los maldecía, y clamaba al Cielo venganza hasta delante de una imagen de nuestra Señora que estaba en la iglesia, pidiendo justicia contra su adversaria, la cual tenía costumbre de rezar diariamente un Avemaría a la misma Virgen.

Una noche se le apareció en sueños a la casada, y ésta empezó al instante a repetir su canción: «Justicia, Señora, justicia.» Pero la Virgen le respondió: «¿Justicia me pides a Mí? Búscala en otra parte.» Después añadió: «Has de saber que aquella pobre pecadora me reza todos los días una salutación tan de mi agrado, que nadie que la rece puedo consentir sufra ni reciba castigo por sus pecados.»

Por la mañana fue a oír misa donde se veneraba la imagen que en sueños había visto, y encontrándose, al salir, con la amiga de su marido, comenzó a voces a llenarla de injurias y a tratarla de hechicera, que con sus hechicerías había también encantado o engañado a la Virgen. La gente espantada, le decía que se callase; pero ella respondía: «No quiero callar, y lo que digo es la pura verdad; esta

noche se me ha aparecido la Virgen, y, pidiéndole justicia, me la negó por una salutación que esta malvada le dice.» Preguntaron a ésta qué salutación era aquélla y respondió que no era más que un Avemaría; pero oyendo al mismo tiempo que por tan poca cosa la miraba María Santísima con tanta piedad, corrió a echarse a los pies de aquella santa imagen, y, pidiendo perdón de sus escándalos, hizo allí públicamente voto de perpetua continencia; después se puso hábito de beata, edificó una estancia reducida cerca de la iglesia, y allí encerrada perseveró hasta la muerte haciendo rigurosa penitencia.

ORACIÓN.

¡Oh Madre de misericordia!, ya que son tan ardientes vuestros deseos de acceder a las súplicas de los pecadores, yo, el más infeliz de todos, vengo hoy a las puertas de vuestra piedad. Pidan otros lo que quisieren: salud, honores, fortuna; yo pretendo lo que Vos misma principalmente deseáis de mí y es más conforme con la bondad de vuestro amantísimo Corazón. Vos fuisteis humildísima: alcanzadme la verdadera humildad y la alegría en los desprecios. Vos fuisteis pacentísima en sufrir las penas de esta vida: alcanzadme paciencia en las adversidades. Vuestro amor para con Dios fue ardentísimo: haced que yo también le ame con amor puro y santo. Para con los prójimos fue beneficentísimo: yo solicito para con todos la caridad cristiana, mayormente con los que me son molestos y contrarios. Vuestra voluntad estuvo siempre unida a la voluntad de Dios: pedid para mí una entera resignación en todo cuando el Señor dispusiere de mí. En suma: Vos sois la criatura más santa de cuantas salieron de la mano de Dios; ayudadme a santificarme a mí también. Ni amor ni poder os falta, y sólo puede ser motivo para no lograr vuestros favores, o mi descuido en recurrir a Vos, o mi poca confianza en vuestra intercesión. Pues estas dos gracias especiales

son las que ahora pido y espero de vuestra bondad: acudir siempre a Vos y confiar siempre en Vos. Vos sois mi Madre, mi esperanza, mi amor, mi vida, mi refugio y mi consuelo, y espero seréis mi gozo por toda la eternidad. Amén.

CAPITULO X

¡OH DULCE VIRGEN MARÍA!

Párrafo único. — *El nombre de María es dulcísimo en vida y en muerte.*

No fue inventado en la tierra el nombre santísimo de María, como lo son los nuestros, sino que descendió del Cielo por divina ordenación, según afirman San Antonino, San Epifanio y otros muchos escritores sagrados. Del trono de la divinidad salió vuestro excelso nombre, Señora, como el más excelente de todos, después del nombre adorable de Jesús, habiendo querido la Santísima Trinidad señalaros y enriqueceros con uno tan santo, que, oyéndole pronunciar, doblen la rodilla el Cielo, la tierra y los abismos.

Mas, entre las otras excelencias que el Señor le concedió, veamos ahora cuán dulce le hizo a sus devotos, así en la vida como en la muerte.

En vida, su nombre santísimo, dice un santo

anacoreta, es la misma dulzura y suavidad celestial. El glorioso San Antonio de Padua hallaba tanta en él como San Bernardo en el sacrosanto de Jesús: *El nombre de Jesús*, decía el uno; *el nombre de María*, respondía el otro, *es júbilo al corazón, miel en la boca, música al oído*. El Beato Juvenal Ancina, obispo de Saluzzo, siempre que pronunciaba el nombre de María sentía en la boca una dulzura sensible, tan suave, que se relamía los labios; y otro tanto afirma Marsilio, obispo, de una devota mujer de Colonia, por cuyo consejo, practicándolo él, empezó también a sentir el mismo sabor, y muy exquisito. Hasta los ángeles preguntaban repetidas veces el día de su gloriosa Asunción (*Cant.*, 3, 6): *¿Quién es Esta?*, por oír reiterado su dulcísimo nombre, de tanta delicia para ellos.

Mas aquí no hablamos del gusto sensible, porque éste se concede a pocos, sino de la dulzura saludable de consuelo, amor, alegría, confianza y fortaleza que de ordinario da este suavísimo nombre a todos los que le invocan devotamente. Después del santo nombre de Jesús, es el de María tan rico de bienes soberanos, que ni en la tierra ni en el Cielo resuena otro con el cual experimenten las almas piadosas tantas avenidas de gracia, confianza y dulzura; porque en sí contiene suavidad tan inefable, que siempre que llega a los corazones de los amigos sienten como fragancia y recreo de santidad. Y su maravillosa propiedad es

que, oído mil veces de los amantes de María, mil veces les parece nuevo, mil veces prueban el mismo gozo y dulzura.

Decía el B. Enrique Suson que al oírle o pronunciarle se le reanimaba tanto la esperanza y tanto se le enardecía el corazón, que entre el júbilo y lágrimas, que le empezaban a correr en abundancia, deseaba exhalar el espíritu por la boca, pareciéndole que este delicioso nombre se le derretía como un panal en el fondo del alma; y así le dice: ¡Oh nombre suavísimo de María! ¿Qué será la persona que tiene nombre tan dulce, si tan lleno está sólo él de gracia y amabilidad? ¡Oh excelsa, oh piadosa, oh dignísima de toda alabanza!, no se puede pronunciar vuestro nombre sin que inflame los corazones, ni pensar en él sin recrear y alegrar los ánimos de todos los que os aman. Y si hablar de tesoros alegra tanto a los pobres, ¡cuánto más nos debe regocijar a nosotros vuestro santo nombre, más deseable y precioso que todas las riquezas del mundo, más eficaz y poderoso para aliviar los males de la vida presente que todos los remedios terrenos! Lleno está de gracia y bendiciones divinas, como dice San Metodio, ni puede nunca ser proferido sin hacer bien a quien le pronuncie con afecto de devoción. Esté duro un corazón más que la piedra, sienta en sí gran desaliento y desconfianza, dice el sabio Idiota, si llega a proferir vuestro nombre, oh María, es tanta su divina

virtud, que al instante se alentará, ablandará y trocará en otro muy diverso que antes, porque Vos confortáis al pecador, animándole a esperar y disponiéndole a recibir la gracia. En fin, escribe San Ambrosio, es vuestro nombre bálsamo lleno de celestial fragancia, y así, Virgen piadosísima, os pido que descienda hasta lo íntimo de mi corazón, concediéndome que le traiga siempre estampado en él con amor y confianza, pues quien os tenga y os nombre así, puede estar seguro de haber alcanzado ya la gracia divina, o, a lo menos, prenda segura de haberla pronto de poseer. Su solo recuerdo, dice Landulfo de Sajonia, consuela a los afligidos, vuelve a los extraviados al sendero de la salud y conforta a los pecadores temerosos, para que no se dejen vencer por la desesperación. Con sus cinco llagas dio al mundo el Salvador el remedio de todos los males, y Vos, con vuestro nombre dulcísimo, que tiene cinco letras, alcanzáis a cada hora perdón a los pecadores. ¡Dichoso el que a la hora de la muerte le invoque confiadamente! Gracia especial será y signo muy cierto de *salvación*.

Por esto el santo nombre de María es comparado al bálsamo en los sagrados *Cantares* (1, 2): *Bálsamo derramado es tu nombre*. Así como el bálsamo sana a los enfermos, difunde el olor y enciende la llama, así el nombre de María sana a los pecadores, recrea los corazones y los inflama en

el divino amor. Por lo cual los pecadores han de acudir a este gran nombre, pues él solo bastará para curarlos de todos sus males, asegurando que no hay enfermedad tan maligna que no ceda al instante a la fuerza de este nombre.

Al contrario, los demonios, afirma Tomás de Kempis, temen de tal manera a la Reina del Cielo, que al pronunciar su nombre huyen de quien le profiere como de un fuego que abrasa. La misma bienaventurada Virgen reveló a Santa Brígida que no hay en esta vida pecador tan tibio en el amor divino que, invocando su santo nombre, con propósito de enmendarse, no ahuyente luego de él al demonio. Y se lo confirmó diciéndole que todos los demonios de tal modo veneran su nombre y le temen, que al oírle resonar desprenden luego del alma las uñas con que la tenían asida.

Y así como los ángeles rebeldes huyen de los pecadores que invocan el nombre de María, así, por el contrario, dijo la misma nuestra Señora a Santa Brígida, los ángeles buenos se aproximan mucho más a las almas justas que con devoción lo profieren. Y atestigua San Germán que así como la respiración es señal de vida, así también el pronunciar a menudo el nombre de María es señal, o de vivir ya en la divina gracia o de que presto vendrá la vida; pues este poderoso nombre tiene la virtud de alcanzar el auxilio y la vida a quien

devotamente le invocare. Finalmente, este admirable nombre es como una torre inexpugnable, en la cual, acogiéndose, el pecador se librará de la muerte; porque esta torre celestial defiende y salva a los pecadores más perdidos.

Con efecto, es torre, y torre de tal fortaleza, que no sólo libra a los pecadores del castigo, sino que defiende también a los justos de los asaltos del infierno. Después del nombre de Jesús, no hay ningún nombre en el que se halle tanto auxilio ni que comunique tanta salud a los hombres como el gran nombre de María; y como generalmente lo experimentan los devotos de esta buena Madre, su excelso nombre comunica fuerza especial para vencer las tentaciones contra la castidad. Sobre las palabras de San Lucas: *Y el nombre de la Virgen era María*, dice un autor que el Evangelista reúne estos dos nombres de *María* y de *Virgen* para darnos a entender que el nombre de esta purísima Doncellita no debe jamás ir separado del de la castidad. Por lo cual afirma San Pedro Crisólogo que el nombre de María es indicio de castidad, queriendo decir que quien dudare de haber o no pecado en las tentaciones impuras, si recordare haber invocado el nombre de María, tendrá una señal cierta de no haber ofendido la castidad.

Sigamos, pues, siempre el admirable consejo de San Bernardo, el cual dice: En todos los peligros de

perder la divina gracia pensemos en María, e invoquemos a María juntamente con el nombre de Jesús, pues estos dos nombres van estrechamente unidos. Jamás se aparten estos dos dulcísimos y poderosísimos nombres de nuestro corazón ni de nuestra boca, porque ellos nos darán fuerza para no caer y para vencer todas las tentaciones. Son magníficas las gracias que Jesucristo ha prometido a los devotos del nombre de María, como Él mismo hablando con su santa Madre, lo manifestó a Santa Brígida, revelándole que quien invocare el nombre de María con confianza y propósito de enmienda recibirá tres gracias singulares, a saber: un perfecto dolor de sus pecados, la satisfacción de ellos y la fortaleza para llegar a la perfección: y, además, finalmente, la gloria celestial. Porque, añadió el divino Salvador, son para Mí tan dulces y queridas, oh Madre mía, tus palabras, que no puedo negarte nada de cuanto me pides.

En suma, San Efrén llega a decir que el nombre de María es la llave de la puerta del Cielo para el que devotamente le invoca. Por esto, el **SALTERIO MARIANO** llama, con razón, a María Salud de todos los que la invocan. Como si fuera lo mismo invocar el nombre de María que alcanzar la salud eterna; porque afirma el sabio Idiota que la invocación de este santo y dulce nombre sirve para obtener una gracia sobreabundante en esta vida y una gloria sublime en la otra. Si deseareis, pues, oh, herma-

nos, concluye Tomás de Kempis, hallar consuelo en todos los trabajos, acudid a María, invocad a María, obsequiad a María, encomendaos a María. Con María regocijaos, con María llorad, con María rogad, con María caminad, con María buscad a Jesús. Con Jesús y María, finalmente, desead vivir y morir. Haciéndolo así, dice, siempre adelantaréis en los caminos del Señor; pues María rogará gustosa por vosotros, y el Hijo ciertamente escuchará a la Madre.

Muy dulce es, por tanto, ya en esta vida el santísimo nombre de María para sus devotos, por las innumerables gracias que, como hemos visto, les alcanza; pero más dulce lo hallarán en la hora suprema por la dulce y santa muerte que les obtendrá. El Padre Sertorio, de la Compañía de Jesús, exhortaba a todos los que auxiliaban a algún moribundo que le repitieran a menudo el nombre de María, diciendo que este nombre de vida y esperanza, pronunciado en la hora de la muerte, basta para disipar a los enemigos y para confortar a los moribundos en todas sus angustias. Igualmente, San Camilo de Lelis dejó muy recomendado a sus religiosos que recordasen con frecuencia a los moribundos el invocar el nombre de María y de Jesús, como él ya lo practicó después consigo mismo en la hora de su muerte, en la cual invocaba con tanta ternura los amados nombres de Jesús y de María, que inflamaba de amor aun a los que le

escuchaban. Y, finalmente, con los ojos fijos en sus adoradas imágenes y los brazos cruzados, expiró con semblante y paz celestial, invocando en las últimas palabras que pronunció los dulcísimos nombres de Jesús y de María. Esta breve oración invocando los sacrosantos nombres de Jesús y de María, dice Tomás de Kempis, es tan fácil de retener en la memoria cuanto es dulce para considerarla, y fuerte al propio tiempo para proteger a quien la usa de todos los enemigos de su salvación.

¡Bienaventurado, dice el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA, el que ama vuestro dulce nombre, oh Madre de Dios! Es tan glorioso y admirable vuestro nombre, que todos los que se acuerdan de invocarle en el trance de la muerte no temen los asaltos de los enemigos.

¡Oh, quién tuviera la dicha de morir como murió el Padre fray Fulgencio de Ascoli, capuchino, el cual expiró cantando: ¡Oh María! ¡Oh María, la más hermosa de las criaturas, quiero ir en vuestra compañía! O, también, como murió el Beato Enrique, cisterciense, de quien se refiere en los Anales de su Orden que terminó su vida articulando el nombre de María. Roguemos, pues, ¡oh devoto lector mío!, roguemos a Dios que nos conceda esta gracia de que la última palabra que pronuncien nuestros labios en la hora de la muerte

sea el nombre de María, como lo deseaba y rogaba San Germán. ¡Oh muerte dulce, muerte segura, la que va acompañada y protegida del nombre de salud, que Dios sólo concede invocar en la hora de la muerte a los que quiere que se salven!

¡Oh dulce Madre mía, os amo, y porque os amo tengo también amor y devoción a vuestro santísimo nombre! Con vuestro favor y benignidad espero que le invocaré toda mi vida, y particularmente a la hora de la muerte. Por la gloria, pues, y dignidad de vuestro nombre dulcísimo, salid al encuentro de mi alma cuando parta de este mundo, y recibidla en vuestros brazos maternales, consolándola con la hermosura de vuestra presencia, abogando por mí en el Tribunal de la divina justicia y poniéndome, ya perdonado, en posesión del eterno descanso.

EJEMPLO.

Arrancada de las garras del demonio.

Cuenta el P. Rho, S. J., en su *Libro de los Sábados*, que en un pueblo de Gueldres, por el año de 1465, una soltera llamada María fue enviada por un tío suyo a comprar algunas cosas al mercado de Nimega, con orden de quedarse aquella noche a dormir en casa de otra tía suya. Esta no la quiso recibir, y tuvo la sobrina que volverse; mas ha-

ciéndosele de noche en el camino, empezó, desechada, a llamar al demonio, que no tardó en aparecérselo en figura de hombre prometiéndole que la ayudaría con tal de que hiciese dos cosas. «Todo lo haré» — respondió la infeliz —. «Pues la una es — volvió a decir el diablo — que de hoy en adelante no te has de hacer la señal de la Cruz, y la otra, que has de mudar de nombre.» «En lo de la cruz, convengo — contestó ella — ; pero nombre tan dulce como el de María no me lo mudo.» «Pues yo no te favorezco» — replicó el enemigo —. Finalmente, después de una larga contienda quedaron en que se llamaría con la primera sílaba de su nombre, esto es MA, y se fueron juntos a la ciudad de Amberes, donde vivió seis años con tan mal compañero en el estado infelicitísimo que se deja pensar, al cabo de los cuales tuvo deseo de volver a su patria, y aunque él se negaba mucho, al fin condescendió.

Al entrar en Nimega hallaron que se estaba representando en público un drama de la vida de la Virgen, a cuya vista la pobre MA sintió avivarse la centella que conservaba en el corazón de afecto para con la Virgen Santísima, y empezó a llorar. A esto, el demonio le dijo, muy enojado: «¿Qué hacemos aquí? ¿Quieres que nosotros representemos otra comedia más graciosa?» Y tiraba de ella para apartarla de allí por fuerza, mas ella resistió. Conociendo entonces que iba a perderla para

siempre, la levantó en el aire y la dejó caer en el tablado. Se hizo poco daño, y contó en alta voz toda su historia, yendo desde allí a buscar al párroco para confesarse, quien la mandó al obispo de Colonia, y éste al Papa, el cual, oídola en confesión, le mandó por penitencia llevar siempre tres aros de hierro, uno al cuello y dos a los brazos. Obedeció la penitente, y llegando a Maestricht, se encerró en una casa de recogidas, donde vivió catorce años en rígida penitencia, al cabo de los cuales, al levantarse una mañana, vio rotas por sí las tres argollas, y pasados otros dos, murió con fama de santidad, dejando dicho que la enterrasen con aquellos hierros, que de esclava del demonio la habían hecho sierva feliz de su divina libertadora.

ORACIÓN.

Madre de Dios y Madre mía, aunque mi lengua inmunda es indigna de nombraros, Vos, que me amáis y deseáis mi salvación, me habéis de conceder el que pueda invocar en mi favor vuestro santísimo y poderosísimo nombre, de gracia y salud en vida y muerte. ¡Oh Virgen purísima, oh Madre amorosísima, oh María!, sea para mí en adelante vuestro santo nombre escudo y defensa, concediéndome que en todas mis tentaciones, necesidades y peligros, y con especialidad a la hora de la muerte, clame sin cesar: «María, María», para tener así la suerte de acabar la vida felizmente y veros y bendeciros en el Cielo por toda la eternidad. ¡Oh clementísima, oh dulcísima Virgen María, oh Madre amabilísima, qué aliento, confianza y alegría siente mi alma en nombraros y aun solamente en acordarme de Vos! Doy gracias a Dios de haberos dado, para mi bien, un nombre tan dulce, un nombre tan amable y tan poderoso.

Mas no me satisfago con que mis labios le pronuncien, sino que

además quiero nombraros por amor y con amor; quiero que el amor me recuerde a cada hora tan hermoso nombre; quiero poner todo mi amor en él. ¡Oh María, oh Jesús! Vivan únicamente vuestros dulcísimos nombres en mi memoria y en la de mis prójimos, olvidando cómo se llaman las criaturas para no tener otros en el corazón y la boca que los nombres adorables de Jesús y María. Jesús amantísimo, Redentor mío; Madre amorosísima, Madre de mi alma, por vuestros merecimientos os pido, como gracia especial, que a la hora de mi muerte las últimas palabras que articule sean decir:

Jesús, José y María,
os doy el corazón y el alma mía.

ORACIONES MUY DEVOTAS DE ALGUNOS SANTOS A LA DIVINA MADRE (1)

DE SAN EFRÉN. — ¡Oh inmaculada y purísima Virgen María, Madre de Dios, Reina del universo, bondadísima Señora nuestra! Vos sois superior a todos los Santos, la esperanza de los escogidos y la alegría del Paraíso. Vos nos habéis reconciliado con nuestro Dios; Vos sois la única abogada de los pecadores, el puerto seguro de los que naufragan, el consuelo del mundo, la redentora de los cautivos, el regocijo de los enfermos, el recreo de los afligidos, el refugio y la salvación del universo. ¡Oh excelsa Princesa, Madre de Dios, cubridnos con las alas de vuestra misericordia, tened piedad de nosotros! No tenemos más esperanza que en Vos, ¡oh Virgen purísima!; nos hemos entregado a Vos, y consagrados a vuestro obsequio, llevamos el nombre de vuestros siervos: no permitáis, pues, que el demonio nos lleve consigo al infierno. ¡Oh Virgen inmaculada!, ponednos bajo vuestra protección: por esto acudimos sólo a Vos, y os suplicamos que impidáis que vuestro Hijo, irritado por nuestros pecados, nos abandone al poder del demonio.

¡Oh María, llena de gracia!, alumbrad mi entendimiento, moved mi lengua para cantar vuestras alabanzas y principalmente la Salutación angélica tan digna de Vos. Yo os saludo, oh paz, oh

(1) Se han añadido aquí estas oraciones, no sólo para que se haga uso de ellas, sino también para que se vea la grande idea que los Santos han tenido del poder y misericordia de María y la suma confianza que pusieron en su poderosa protección.

alegría, oh salud y consolación de todo el mundo. Yo os saludo, oh el mayor de los milagros que jamás se haya obrado en el mundo; paraíso de delicias, puerto seguro del que se encuentra en peligro, fuente de la gracia, medianera entre Dios y los hombres.

¡Oh Madre de Jesús, amor de Dios y de todos los hombres!, a Vos sea dado honor y bendición, con el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Amén.

DE SAN BERNARDO. — ¡Oh Reina del mundo!, a Vos levantamos nuestros ojos. Debiendo presentarnos delante de nuestro Juez, después de haber cometido tantos pecados, ¿quién podrá aplacarle? Nadie puede hacerlo mejor que Vos, oh santa Señora; Vos, que tanto le amáis y sois de Él tan tiernamente amada. Abrid, pues, oh Madre de misericordia, vuestro corazón a nuestros suspiros y a nuestras súplicas. Nos refugiamos bajo vuestra protección, aplacad la cólera de vuestro Hijo y haced que recobremos su gracia. Vos no aborrecéis al pecador por más criminal que sea. Vos no le desecháis si suspira por Vos y arrepentido solicita vuestra intercesión. Vos con vuestra piadosa mano le libráis de la desesperación; le inspiráis esperanza, le infundis consuelo, y no le abandonáis hasta haberlo reconciliado con su Juez.

Vos sois la única mujer en la cual el Salvador ha hallado su descanso, y en la que ha depositado a manos llenas sus tesoros inagotables. Por esta razón, todo el mundo, oh santa Señora mía, honra vuestro casto seno como templo de Dios, en el cual se dio principio a la salvación del mundo, y se verificó la reconciliación entre Dios y los hombres. Vos sois, oh gran Madre de Dios, el huerto cerrado en el cual jamás ha penetrado la mano del pecador para coger las flores. Vos sois el hermoso jardín en el que Dios ha colocado las flores que adornan a vuestra Iglesia, y entre otras la violeta de vuestra humildad, la azucena de vuestra pureza y la rosa de vuestra caridad. ¿Con quién podré compararos, oh Madre de gracia y hermosura? Vos sois el paraíso de Dios. De Vos ha salido el manantial de agua viva que fecunda toda la tierra. ¡Cuántos beneficios ha recibido el mundo de Vos, que habéis merecido ser un acueducto tan saludable!

De Vos se dice: ¿Quién es aquella que se levanta como la aurora, hermosa como la luna y resplandeciente como el sol? Habéis venido al mundo, oh María, como brillante aurora precediendo con la luz

de vuestra santidad la aparición del Sol de justicia. El día en que vinisteis al mundo, puede muy bien llamarse día de salud, día de gracia. Sois hermosa como la luna, porque así como no hay planeta que más se asemeje al sol, así también no hay criatura más semejante a Dios que Vos. La luna alumbra por la noche con la luz que recibe del sol, y Vos alumbráis nuestras tinieblas con el resplandor de vuestras virtudes; pero Vos sois más bella que la luna, porque en Vos no hay manchas ni sombras. Vos sois escogida como el sol, esto es, como el Sol que ha criado al sol. Él fue escogido entre todos los hombres, y Vos habéis sido escogida entre todas las mujeres. ¡Oh dulce, oh excelsa, oh amabilísima María! No es posible pronunciarse vuestro nombre sin que Vos inflaméis el corazón en vuestro amor; y los que os aman no pueden pensar en Vos sin sentirse excitados a amaros más todavía.

¡Oh santa Señora!, fortaleced nuestra debilidad. Y ¿quién mejor que Vos puede hablar a nuestro Señor Jesucristo, que gozáis tan intimamente de su dulcísima conversación? Hablad, hablad, Señora, porque vuestro Hijo os escucha, y alcanzáis de Él todo cuanto le pedis.

DE SAN GERMÁN. — ¡Oh única Señora mía, único consuelo que recibo de Dios! Vos, que sois el solo y celestial rocío que me refrigera en mis penas; Vos, que sois la luz de mi alma cuando se halla rodeada de tinieblas; Vos, que sois mi guía en mis viajes, mi fortaleza en mis debilidades, mi tesoro en mi pobreza, mi medicina en mis enfermedades, mi consuelo en mis lágrimas; Vos, que sois mi refugio en mis miserias, y la esperanza de mi salvación, oíd mis ruegos, apiadaos de mí cual conviene a la Madre de un Dios que tanto ama a los hombres. Concededme todo cuanto os pido. Vos, que sois nuestra defensa y alegría. Haced que sea digno de gozar con Vos aquella felicidad que gozáis en el Cielo. Sí, Señora mía, mi refugio, mi vida, mi auxilio, mi defensa, mi fortaleza, mi alegría, mi esperanza; haced que me reúna con Vos en el Paraíso. Yo sé que siendo Vos la Madre de Dios, si queréis, podéis obtenerme esta gracia. ¡Oh María! Vos sois omnipotente para salvar a los pecadores y no necesitáis recomendación alguna, porque sois la Madre de la verdadera vida.

DEL ABAD CELENSE, LLAMADO EL IDIOTA — Atraedme en pos de Vos, oh Virgen María, para que yo corra tras el olor de vuestros

perfumes. Atraedme, pues me hallo detenido por el peso de mis pecados y la malicia de mis enemigos. Así como nadie se presenta a vuestro Hijo, si el divino Padre no le atrae, así también me atrevo a decir en cierto modo que nadie va a Él si Vos no le atraéis con vuestros santos ruegos. Vos sois la que enseñáis la verdadera sabiduría. Vos la que alcanzáis las gracias a los pecadores, porque sois su abogada. Vos prometéis la gloria a los que os honran, porque sois la tesorera de las misericordias.

Vos habéis hallado gracia en presencia de Dios, oh Virgen dulcísima, porque fuisteis preservada del pecado original, llena del Espíritu Santo, y concebisteis al Hijo de Dios. Habéis recibido todas estas gracias, oh humildísima María, no sólo para Vos, sino también para nosotros, a fin de que nos asistáis en todas nuestras necesidades. Esto es lo que ya hacéis socorriendo a los buenos, conservándoles en la gracia y preparando a los pecadores para recibir la divina misericordia. Vos auxiliáis a los moribundos, protegiéndoles contra las asechanzas del demonio, y les ayudáis aun en su último trance, recibiendo sus almas y conduciéndolas al reino de los bienaventurados.

DE SAN METODIO. — Vuestro nombre, oh Madre de Dios, está lleno de todas las gracias y bendiciones divinas, Vos habéis llevado en vuestro seno al que es incomprensible, y alimentado al que alimenta a todo el universo. El que llena el Cielo y la tierra, el Señor del mundo, ha querido seros deudor, por haberle Vos revestido de la carne humana que antes no tenía. Regocijaos, oh Madre, oh sierva de Dios, pues tenéis por deudor al que da el ser a todas las criaturas. Nosotros somos todos deudores a Dios, pero Dios es deudor vuestro. Así es, oh santísima Madre del Salvador, que vuestra bondad y vuestra caridad exceden a las de todos los otros Santos, y que en el Cielo podéis más que todos ellos cerca de Dios, porque sois su Madre. ¡Ah!, nosotros, que celebramos vuestras glorias y comprendemos cuán excelsa es vuestra bondad, os suplicamos que os acordéis de nosotros y de nuestras miserias.

DE SAN JUAN DAMASCENO. — Yo os saludo, oh María, a Vos, esperanza de los cristianos: recibid la súplica de un pecador que os ama tiernamente, que os honra de un modo especial, y pone en Vos toda la esperanza de su salvación. De Vos tengo la vida: Vos me

restablecéis en la gracia de vuestro Hijo, Vos sois la prenda cierta de mi salvación. Os suplico, pues, que me libréis del grave peso de mis pecados; disipad las tinieblas de mi entendimiento, alejad de mi corazón los afectos terrenos, reprimid las tentaciones de mis enemigos, y dirigid mi vida de modo que por vuestro medio, y teniéndos por guía, pueda llegar a la eterna felicidad del Paraíso.

DE SAN ANDRÉS DE CANDÍA. — Os saludo, oh llena de gracia, el Señor es con Vos. Os saludo, oh instrumento de nuestra alegría, ya que por Vos la sentencia de nuestra condenación fue revocada y cambiada en juicio de bendición. Os saludo, oh templo de la gloria de Dios, casa sagrada del Rey de la gloria: Vos sois la reconciliadora de Dios con los hombres. Os saludo, oh Madre de nuestra alegría: verdaderamente sois Vos bendita, porque entre todas las mujeres fuisteis hallada digna de ser Madre de vuestro Criador. Todas las naciones os llaman bienaventurada.

¡Oh María!, si en Vos pongo mi confianza, seré salvo; si me hallare bajo vuestra protección, nada he de temer; porque ser vuestro devoto es tener armas ciertas de salvación, las que Dios sólo concede a los que quiere sean salvos.

¡Oh Madre de misericordia!, aplacad a vuestro Hijo. Mientras permanecisteis en la tierra sólo ocupabais una mínima parte de ella; mas ahora que estáis exaltada en lo más alto de los Cielos, todo el mundo os considera como el propiciatorio común de todas las naciones. Os suplicamos, pues, oh Virgen santa, que nos concedáis el auxilio de vuestras súplicas para con Dios: súplicas que nos son más gratas y preciosas que todos los tesoros de la tierra; súplicas que nos hacen a Dios propicio, y nos obtienen abundancia de gracias para recibir el perdón y practicar la virtud; súplicas que inutilizan el furor de nuestros enemigos, confunden sus designios y triunfan de sus esfuerzos.

DE SAN ILDEFONSO. — A Vos vengo, oh Madre de Dios, para suplicaros que me alcancéis el perdón de mis pecados, y me purifiquéis de todas las faltas que he cometido. Os ruego que me concedáis la gracia de que me una afectuosamente a vuestro Hijo y a Vos: a vuestro Hijo, como a mi Dios, y a Vos, como a la Madre de mi Salvador.

DE SAN ATANASIO. — Acoged, oh Virgen Santísima, nuestras

súplicas, y acordaos de nosotros. Dispensadnos los dones de vuestras riquezas y de la abundancia de las gracias de que estáis llena. El Arcángel os saluda y os llama llena de gracia. Todas las naciones os llaman bienaventurada, todas las jerarquías del Cielo os bendicen, y nosotros, que pertenecemos a la jerarquía terrestre, os decimos también: Dios te salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo; ruega por nosotros, oh Madre de Dios, Nuestra Señora y nuestra Reina.

DE SAN ANSELMO. — Os rogamos, oh Santísima Señora, por el favor que Dios os ha hecho de exaltaros tanto, y de que con Él todas las cosas os sean posibles, hagáis que la plenitud de la gracia que merecisteis nos haga partícipes de vuestra gloria. Afanaos, oh misericordiosísima Señora, en procurarnos el bien por el cual Dios se dignó hacerse hombre en vuestro casto seno. Oíd benigna nuestras súplicas. Si os dignáis rogar a vuestro Hijo, Él al punto nos escuchará. Basta que Vos queráis salvarnos para que infaliblemente nos salvemos. ¿Quién podrá cerrar las entrañas de vuestra misericordia? Si no os apiadáis de nosotros, siendo la Madre de la misericordia, ¿cuál será nuestra suerte cuando venga vuestro Hijo a juzgarnos?

Socorrednos pues, oh piadosísima Señora, sin atender a la multitud de nuestros pecados. Considerar que nuestro Criador ha tomado carne humana en Vos, no para condenar a los pecadores, sino para salvarles. Si no hubieseis sido elegida por Madre de Dios más que en beneficio vuestro, entonces pudiera decirse que poco os importa que nos salvemos o condenemos; mas no, que si Dios se revistió de vuestra carne, lo hizo no menos por vuestra salvación que por la de todos los hombres. ¿De qué nos servirían vuestro poder y vuestra gloria, si no nos hicieseis partícipes de vuestra felicidad? Ayudadnos y protegednos; pues no ignoráis cuánto necesitamos de vuestro auxilio. Nosotros nos encomendamos a Vos; haced que no nos condenemos, sino que sirvamos y amemos eternamente a vuestro Hijo Jesucristo.

DE SAN PEDRO DAMIÁN. — Santa Virgen, Madre de Dios, socorred a los que imploran vuestro auxilio. Volved vuestros ojos hacia nosotros. ¿Acaso por haber sido unida a la Divinidad ya no os acordaríais de los hombres? ¡Ah!, no por cierto. Vos sabéis en qué peligros nos habéis dejado, y el estado miserable de vuestros siervos;

no es propio de vuestra gran misericordia el olvidarse de una tan grande miseria como la nuestra. Emplead en nuestro favor vuestro valimiento, porque el que es Omnipotente os ha dado la omnipotencia en el Cielo y en la tierra. Nada os es imposible, pues podéis infundir aliento a los más desesperados para esperar la salvación. Cuanto más poderosa sois, tanto más misericordiosa debéis ser.

Ayudadnos también con vuestro amor. Yo sé, Señora mía, que sois sumamente benigna, y que nos amáis con un afecto al que ningún otro aventaja. ¡Cuántas veces habéis aplacado la cólera de nuestro Juez en el instante en que iba a castigarnos! Todos los tesoros de la misericordia de Dios se hallan en vuestras manos. ¡Ah!, no ceséis jamás de colmarnos de beneficios. Vos sólo buscáis la ocasión de salvar a todos los miserables, y de derramar sobre ellos vuestra misericordia, porque vuestra gloria es mayor cuando por vuestra intercesión los penitentes son perdonados, y los que lo han sido entran en el Cielo. Ayudadnos, pues, a fin de que podamos veros en el Paraíso, ya que la mayor gloria a que podemos aspirar consiste en veros, después de Dios, en amaros y en estar bajo vuestra protección. ¡Ah!, oídnos, Señora, ya que vuestro Hijo quiere honraros concediéndoos todo cuanto le pidáis.

DE SAN GUILLERMO. OBISPO DE PARÍS. — ¡Oh Madre de Dios! A Vos acudo, y os suplico que no me desechéis, ya que toda la comunión de los fieles os titula y proclama Madre de misericordia. De tal manera Vos sois amada de Dios, que siempre os escucha; vuestra piedad jamás ha faltado a ninguno; vuestra dulce afabilidad no ha rechazado nunca a pecador alguno por grande que fuera su crimen, si se ha encomendado a Vos. ¿Por ventura la Iglesia en vano os llamaría su abogada y el refugio de los miserables? Dios no permite que mis culpas os impidan ejercer el grande oficio de piedad que se os ha confiado en calidad de abogada y mediadora de paz, única esperanza y refugio seguro de los desdichados. Dios no permita que su Santísima Madre, la cual dio a luz la fuente de misericordia por la salvación de todo el mundo, rechace a ninguno de los miserables que acudan a ella. Vuestro oficio es el de reconciliadora entre Dios y los hombres; socorredme, pues, con vuestra inagotable misericordia, que es mucho mayor que todos mis pecados.

DE SANTO TOMÁS DE AQUINO. — ¡Oh beatísima y dulcísima

Virgen María, llena de misericordia!, yo recomiendo a vuestra piedad mi alma, mi cuerpo, mis pensamientos, mis obras, mi vida y mi muerte. ¡Oh Señora mía!, ayudadme y confortadme contra las asechanzas del demonio; alcanzadme el verdadero y perfecto amor, con el cual ame de todo mi corazón a vuestro muy querido Hijo y Señor mío Jesucristo; y después de Él os ame a Vos sobre todas las cosas. ¡Oh Reina y Madre mía!, con vuestra poderosísima intercepción, haced que permanezca siempre en mí este amor hasta la muerte, después de la cual sea yo por Vos conducido a la patria de los bienaventurados.

DE SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. — Santísima Virgen inmaculada, oh Madre mía, María, a Vos, que sois la Madre de mi Señor, la Reina del mundo, la abogada, la esperanza y refugio de los pecadores, acudo yo hoy, el más miserable de todos. Yo os adoro, oh excelsa Reina, y os doy gracias por tantos favores como me habéis dispensado hasta el presente, especialmente por haberme librado del infierno, que tantas veces he merecido. Yo os amo, amabilísima Señora, y por el afecto que os profeso, protesto que quiero amaros siempre, y que haré todo lo posible a fin de que todos los demás os amen. En Vos pongo todas mis esperanzas, toda mi salvación; admitidme por vuestro siervo, y acogedme bajo vuestro manto, Madre de misericordia. Y ya que sois tan poderosa con Dios, libradme de todas las tentaciones, o más bien alcanzadme la fortaleza necesaria para vencerlas hasta la muerte. A Vos pido el verdadero amor de Jesucristo, y espero que me procuréis una buena muerte. Madre mía, por el amor que tenéis a Dios, os suplico que me ayudéis siempre, pero principalmente en los últimos momentos de mi vida. No me abandonéis hasta que me veáis salvo en el Cielo para bendeciros y cantar vuestras misericordias por toda la eternidad. Amén. Así lo espero. Así sea.

INDICE

NOTA DE LOS EDITORES	7
ADVERTENCIA EDITORIAL	9
SÚPLICA DEL AUTOR A JESÚS Y MARÍA	13
INTRODUCCIÓN	17

EXPLICACIÓN DE LA SALVE REGINA.

CAPÍTULO PRIMERO. — <i>Dios te salve, Reina y Madre de misericordia</i>	25
1.º De la confianza que debemos tener en la Virgen por ser Reina de misericordia	25
2.º Que debemos tener mayor confianza en la Virgen María por ser nuestra Madre	35
3.º Del grande amor que nuestra Madre nos tiene	44
4.º María también es Madre de los pecadores arrepentidos	58
CAPÍTULO II. — <i>Vida y dulzura</i>	69
1.º María es vida nuestra, porque nos alcanza el perdón de los pecados	69
2.º La Virgen también es nuestra vida, porque nos obtiene la perseverancia	76
3.º María hace dulce la muerte a sus devotos ..	84

CAPÍTULO III. — <i>Esperanza nuestra</i>	97
1.º María es esperanza de todos	97
2.º María es la esperanza de los pecadores	106
CAPÍTULO IV. — <i>A Ti clamamos los desterrados hijos de Eva</i>	117
1.º María ayuda prontamente a todos los que la invocan	117
2.º Poder de María contra las tentaciones	125
CAPÍTULO V. — <i>A Ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas</i>	135
1.º Cuán necesaria sea para salvarnos la intercesión de nuestra Señora	135
2.º Prosigue la misma materia	147
CAPÍTULO VI. — <i>Ea, pues, Señora, abogada nuestra</i> ...	159
1.º María es nuestra abogada, y tiene poder para salvarnos a todos	159
2.º María es abogada compasiva, y no rehúsa defender la causa de ningún desvalido ...	168
3.º María hace las paces entre Dios y los hombres	176
CAPÍTULO VII. — <i>Vuelve a nosotros esos tus misericordiosos</i>	187
Párrafo único. — María Santísima mira con gran compasión nuestras miserias para remediarlas	187
CAPÍTULO VIII. — <i>Y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre</i>	197
1.º María libra del infierno a sus devotos	197
2.º María alivia a los suyos las penas del purgatorio y los saca de ellas	206
3.º María lleva sus siervos a la gloria	212

CAPÍTULO IX. — <i>¡Oh clemente! ¡Oh piadosa!</i>	223
Párrafo único. — Cuán grande sea la clemencia y piedad de María	223
CAPÍTULO X. — <i>¡Oh dulce Virgen María!</i>	233
Párrafo único. — El nombre de María es dulcísimo en vida y en muerte	233
ORACIONES MUY DEVOTAS	245